

## GORGO Y LAS MUJERES DORIAS

---

Bajo este nombre general y colectivo incluimos varios retratos de mujeres dorias, que creemos indispensables al conocimiento histórico de las naturalezas y de las condiciones del bello sexo en la vieja Grecia. No perdamos de vista lo que tantas veces hemos dicho en estos nuestros estudios; no perdamos de vista el culto prestado á la mujer por todas las razas arias, y muy especialmente por todo el mundo helénico. La familia es allí base de la sociedad, y base de la familia es allí la mujer, aunque las leyes le den cierto aspecto de servidumbre, olvidado, muy olvidado, en los hábitos generales de aquellos pueblos. ¡Cómo nos describe Homero y la poesía homérica el hogar, donde se reúnen hijos y esposos por el invierno, cuando Kronion llueve nieves y el viento helado agita las ramas sombrías de los árboles desnudos! ¡Con qué propiedad nos

describe las doncellas, que corren como ciervas y terneras en Abril por los prados floridos, levantando hasta las rodillas los pliegues de su vestidura y dando al viento sus cabellos, que brillan como los pétalos del azafrán en flor! Las nupcias resultaban en todos aquellos pueblos verdaderas fiestas públicas. Sólo un poeta se presenta como excepción á este culto prestado por el arte antiguo á la mujer helénica. Esta excepción es Hesiodo. Él fué quien dijo que Vulcano había dado á la mujer la tierra, y el fuego, y el agua de que se halla compuesta; Palas el arte de hilar y tejar las hermosas telas; Venus la gracia, y Mercurio la impudencia de una perra y las propensiones furiosas. A pesar de tal juicio en este poeta, el antiguo legislador helénico, lo mismo el dorio que el jonio, atendieron mucho á la mujer y fiaron á ella en gran parte la cultura y esplendor de la sociedad por ellos establecida y fundada.

Siguió á la guerra de Troya un desastrosísimo período. Los poetas nos lo describen diciendo que sólo se veían en el mar Egeo fragmentos de naves naufragas y despojos de inmolados seres. Los dorios lucharon con gran fuerza y compartieron, después de sus victorias, con los jonios, el dominio de Grecia. En el istmo de Corinto veíase una columna que designaba la repartición entre unos y otros,

la parte de territorio tocada en suerte á cada cual de las dos razas. En el lado que al Peloponeso miraba, decía: «los dorios están aquí,» mientras en el lado que miraba hacia el Ática decía: «los jonios están allí.» Un siglo después de la guerra de Troya los dorios se habían apoderado del Peloponeso, de Mesenia y Argólida, expulsando los habitantes. A Laconia le impusieron durísimo yugo, y á los hijos de la ciudad de Helos llamáronlos con este nombre, que ha resultado en la posteridad sinónimo de siervos, llamáronles ilotas. Poco numerosos los dorios, necesitaron suplir con la fuerza lo que les faltaba de número. Así llegaron á concentrarse con grandísima concentración. A las orillas del Eurotas fundaron la capital del Peloponeso llamada Lacedemonia. Todos estos accidentes históricos harán de los espartanos una legión de guerreros. Defenderse y atacar, he aquí el doble objeto de su vida. Es aquella una sociedad compuesta, como todas las sociedades humanas, de hombres, pero dirigida contra los hombres. El espartano se curará muy poco, ni de ciencia, ni de arte, ni de libertad, ni siquiera de industria. El odio determinará todos sus actos y en el odio á los demás pueblos se fundará la organización de su Estado. Como si estuvieran compuestos de materia tan sólo, adorarán brutalmente la fuerza. No debe llamárseles, no, un Esta-

do, al contrario, debe llamárseles una legión. Su gobierno toma todos los caracteres de un gobierno militar, y, por tanto, á diferencia de los demás pueblos griegos, revestirá la forma y organización monárquicas. El rey es un general, y el pueblo, ya lo hemos calificado, un ejército. Creyendo que afe- mina el amor, huirán del amor; que debilita el arte, prescindirán del arte; que los ejercicios del pensa- miento roban tiempo y espacio para los ejercicios del cuerpo, extinguirán toda ciencia, y en el centro de la inspirada Helene, donde las cumbres de los montes llevan dioses hermosísimos y el éter de los cielos llueve ideas reveladoras, no tendrán ellos ni una estatua ni una oración, dedicados exclusiva- mente al bárbaro culto de la guerra y al empleo ó ejercicio de la fuerza.

Como toda sociedad produce una gran vegetación de ideas en armonía y consonancia con su índole particular, y como toda esta vegetación de ideas pro- duce una serie de personalidades más ó menos ilus- tres que las cultivan, que las divulgan, que las re- presentan, el ideal espartano, el ideal de la fuerza bruta y de la guerra perenne, forjó su correspon- diente legislador en Licurgo. La guerra civil engen- dró á este hombre. Su padre y sus hermanos su- cumbieron á una en las oscurísimas discordias que desgarraban el suelo espartano. A fin de llevar la

paz interior á Esparta, Licurgo absorbió su pensa- miento en este capitalísimo tema: organizarla para la guerra exterior. Su profunda sabiduría despertó celos en la nobleza espartana, y estos celos terri- bles le infligieron un destierro de dieciocho años. Mas el pueblo lo llamó á gritos, en la persuasión de que los nobles dorios no podían, por ignorantes y rudos, ni salvar ni organizar la patria. Creta, punto de unión entre Asia y Grecia, sirvió de verdadera escuela, que le instruyó en las leyes de Minos. El Asia Menor, el Egipto, acabaron de perfeccionar aquella instrucción asiática. Muchos dicen que hasta los brahmanes mismos le indus- triaron en sus secretos y en sus misterios. Lo cier- to es que Licurgo trajo una legislación apropiada en todo al carácter espartano. Pero al implantarla, tropezó lógicamente su aplicación y ejercicio con todas las dificultades que la realidad más dócil opone á la idealidad más sencilla. Licurgo hizo de Esparta la suma de los espartanos, pero suma en la cual desaparecían todos los sumandos. Los ricos, por ejemplo, se negaban á la comida común y á la salsa negra, dispuestas para favorecerlos hasta en su complexión material. Y Licurgo les imponía una y otra por medio de la fuerza.

Estas leyes no fueron escritas. Formuladas en sentencias morales, más bien parecen consejos que

mandatos. Para satisfacer á los instintos democráticos de Grecia, establecen la igualdad, mas la igualdad bajo el despotismo. Sus dos reyes ejercían facultades hieráticas y religiosas, con las que uniformaban los pensamientos, además de facultades militares y políticas, con las que disciplinaban los cuerpos. Un Senado verdaderamente oligárquico, una especie de estado mayor general auxiliaba en la dirección de todo á los reyes, senadores también, unos y otros dorios de origen y nacimiento. En aquella legislación mecánica resulta el hombre una especie de átomo, y las relaciones entre los hombres una especie de cohesión. El ciudadano allí asemejase á un factor encargado de dar automáticamente fuerzas al todo. El sentimiento guerrero con sus repulsiones presidía en aquel pueblo á la misma generación. Era la madre un soldado, que parecía parir sus hijos, no para la vida, para la muerte. Un escudo servía de cuna. Asemejábanse á las armas los juguetes. Desde bien temprana edad pertenecía el joven al ejército. Casábanlo por ministerio del Estado, no tanto para que satisficiera las naturales inclinaciones humanas al amor, como para que diera hijos á la patria. Ya viejo, convertíase, como buen veterano, á educar en las armas las generaciones que le sucedían en la vida. Nueve mil espartanos formaban la nobleza lacede-

monia, y cada cual de ellos debía poseer idéntica porción del suelo común. Pero ninguno trabajaba, por las repulsiones que hay entre la guerra y el trabajo. Creador éste, aquella destructora, no se compadecían de ningún modo ambos ejercicios. El ilota trabajaba la tierra, y cuando, merced á este trabajo, se vigorizaba demasiado y podía contrastar la nobleza doria, ésta salía de sus inquietudes, matando siervos como si matara moscas.

En una sociedad así no podían existir ni artistas, ni comerciantes, ni sabios. Faltaba en los cambios el estímulo que los aguijonea y el provecho que los utiliza. Faltaba para el arte aquella espontánea inspiración individual, incompatible de todo en todo con la despótica uniformidad. En la ciencia misma el pensamiento carecía de toda libre indagación. Y cuando el pensamiento no indaga con libertad no produce cosa alguna, que sólo en la libertad está su fuerza creadora. Sometidos á ciega disciplina, puestos bajo férreo yugo, sumandos tristes de una colectividad y no personas libres, aplastados bajo instituciones caídas con peso enorme sobre sus espaldas, sujetos por leyes y códigos semejantes á férreas argollas, sin trabajo, sin comercio ni de ideas ni de productos, regulada la vida por un reglamento tiránico, disuelta cada individualidad en el comunismo, habían todas las facul-

tades humanas de perderse por los embotamientos producidos al desuso y habían de faltar las emociones intelectuales y estéticas á cuya virtud creadora nacen las ciencias y las artes. Aquella célebre comida espartana, de la cual tanto los retóricos abusaran en todo tiempo, explica mejor que ninguna otra institución el carácter peculiarísimo de semejante sociedad. Componíase con sal, vinagre, manteca y fibras muy escasas de carne, pareciéndose su coción á la conocida ya del rancho y del puchero común en cuarteles y conventos. Esta comida legal proviene de la organización del Estado y del derecho en Esparta. Como al nacer pertenecía todo ciudadano á su gobierno, estaba el gobierno forzosamente obligado á su manutención. En grupos de diez comían, y á esta comida frecuentemente iban los reyes. Tal extensión, dada, tanto por ley como por costumbre, á la vida pública, restringía y limitaba mucho la vida particular y privada. El niño tenía por madre y por nodriza la nación ó la patria, como entonces la llamaban, careciendo, cual carecían, del concepto moderno respecto á nacionalidades. Por tal manera estaba el hombre adscrito al gobierno, que si nacía deforme ó contrahecho, el gobierno lo estrellaba despiadadamente al nacer. Las muchachas criábanse tan rudamente como los hombres. Así no eran verda-

deramente mujeres: eran soldadones. Vestíanlas mal para que no fueran seductoras, y alimentábanlas peor para que no fuesen bellas. El Estado contrariaba por completo á la mujer, como si desconociese la naturaleza y complexión suyas.

Las mismas vestiduras en verano é invierno, ya hiciese frío, ya calor; igual alimento en todas las estaciones; ejercicios militares continuos; comercio íntimo con el otro sexo para que este comercio adormeciera el deseo é hiciese á las muchachas amigas, más que amantes, de los muchachos; todo este régimen daba de sí mujeres muy robustas, muy ágiles, capaces de manejar y esgrimir las armas de continuo, muy idóneas para caminar descalzas y á pie días enteros bajo todas las inclemencias del cielo, con los oídos muy acostumbrados á los refranes, y á los juramentos, y á las interjecciones de taberna ó de cuartel, pero muy poco aptas para las delicadezas y para las ternuras exigibles de la mujer que debe dar á nuestros sentimientos notas melodiosísimas y poner cuerdas vibrantes de arpa suave y armoniosa en los discordes varoniles afectos. Parece imposible, pero la legislación de Licurgo creyó fácil ahogar en el corazón de las mujeres hasta los sentimientos de madre ¿qué digo los sentimientos de madre? Licurgo quiso ahogar en la mujer hasta los instintos de las hembras. En

su finalidad providencial ha querido la naturaleza que sirviese la hembra, más que los machos ciertamente, á la conservación de la especie. Así les confía el cuidado y cultivo de la prole. Mirad cómo en la pareja compuesta por las aves, mientras el macho discurre á su arbitrio por los aires, la hembra, fija sobre su nido, le da el calor de su pecho, y de su plumaje, y de sus alas, y de su carne, y de su sangre, al huevecillo que contiene la prole, y luégo, cuando ésta rompe la corteza que la envuelve, se desvive por ella y le da todo el alimento que puede allegar, pasando penas y hambres, debilitadoras á veces, hasta suicidas, por la cría y conservación de su posteridad.

Pues en Esparta la madre debía procurar, no la vida, la muerte, al hijo. Escasa la nobleza doria en su número, ya lo hemos dicho, necesitó conservarse por la fuerza, y al elemento de fuerza lo sacrificó todo en su mísera existencia. Prevaler sobre los demás, dominar á los demás, herirlos, vencerlos, sojuzgarlos: he ahí todo el fin de aquella sociedad, completamente guerrera y para la guerra organizada por sus legisladores desde las cumbres hasta los cimientos. Nacerán tiernas y tímidas las mujeres allí como en todas partes, pues un poder social implacable y tiránico harálas audaces y temerarias. El niño demasiado débil morirá en el

día mismo de su nacimiento, estrellado contra el suelo por su propio tiránico gobierno. Una legislación, desconocedora de la naturaleza, identificará por medios artificiosísimos las complexiones opuestas de los dos sexos distintos. Ejercitaráse la mujer en carreras y cabalgueos. Luchará en armas con los hombres mismos. Llevará en el brazo izquierdo un disco y en la mano derecha una lanza. Untaráse de aceite como los atletas. Recorrerá los estadios como los corredores. La túnica de lana que la ciñe dejará desnudos cuello, brazos, rodillas y piés. Sus cánticos serán himnos guerreros, sus danzas evoluciones militares, su paso medido como el paso de una legión en marcha. Nada de gracia, nada de ternura, nada tampoco de aquella nativa delicadeza que tanto distingue á la mujer y tanto atrae al hombre. Resultaban verdaderos machos en aquella sociedad aristocrática, muy artificialmente formada para el combate y para el triunfo. Alguien arguyó al severo legislador sobre todas estas cosas, y él contestaba de continuo á todos estos argumentos que, proponiéndose fundar una sociedad de fuerza, sólo debía curarse del vigor de todos sus miembros.

El comercio frecuente de los sexos, tal como lo había dispuesto Licurgo, vigorizaba mucho á la mujer sin afeminar al varón. Así prohibía termi-

nantemente á las mujeres los adornos exagerados, y, sobre todo, los cosméticos. Un espartano devolvió, según nos refiere Plutarco en sus apotegmas lacedemonios, los vestidos preciosos enviados á su hija por Dionisio de Siracusa, temiendo que la debilitaran y corrompieran tales galas. Licurgo limitó cuanto pudo la dote, por creer que no hay peculio para las mujeres como el pudor. En los bienes matrimoniales el legislador habíase propuesto la igualdad completa de condiciones, que tanto une á los soldados en sus respectivas compañías. Guerrear, guerrear siempre, guerrear para todo: he aquí el verdadero lema de Licurgo. Ya convenido un matrimonio, arreglábase de suerte que pugnara el novio por la novia, y pareciese la elección, legítimamente designada, un robo en despoblado. El suegro decía claramente al yerno cómo le vedaba su hija si no sabía conquistarla por fuerza. Encerrábanla y conseguía el marido las primeras satisfacciones del amor á hurtadillas, cual si fuesen ilegítimas. Muchas veces no había instalado el esposo á la esposa en su casa y ya era ésta madre, y madre legítima ú honrada, en el sitio donde la depositaran. Una vez casada volvíase completamente otra la mujer en Esparta. Merced al matrimonio acabábanse para ella los ejercicios físicos, los juegos solemnes, las fiestas gozosas. El hogar se trueca en silenciosísimo san-

tuario, dentro del cual no caben las antiguas costumbres. La moza lleva en Esparta el rostro descubierto, mientras lo lleva la casada cubierto con un velo. Preguntándole á cierto lacedemonio por la razón de tal diferencia entre casadas y solteras, contestó: «Las unas deben buscar marido y las otras conservarlo.»

Estaba prohibido en Lacedemonia encarecer y alabar á las mujeres. Solamente podía el marido loar las prendas físicas, intelectuales y morales de su mujer. Esos requiebros tan frecuentes entre nosotros, asestados en calles y plazas con más ó menos cortesía y urbanidad á las mujeres, pasaban por desacatos, y aun por delitos, entre los dorios. Conceptuaban el adulterio por tal modo inverosímil y absurdo, que no lo mentaban en las leyes, ni le imponían castigo ninguno, como pasaba con el parricidio, estimando cosa imposible que matara un padre á su hijo y faltase una mujer á su marido. Licurgo comprendió bien el influjo de las mujeres sobre los pueblos guerreros é hizo todo lo posible para que fuese la hembra un soldado. Así falseó realmente la educación femenil. Buscando la fuerza, y solamente la fuerza, tuvo una raza con robustez, pero sin delicadeza. En esta igualdad artificial de los sexos, como la mujer adquiría por educación facultades privativas del hombre, domi-